

Palestina, la tierra de los misterios y de los milagros, exaltó si cabía que se exaltase por su arraigado misticismo; el desierto le imprimió su carácter hierático y profeta; las desgracias, cada día mayores de las ciudades santas, le movieron a nuevas empresas; y partióse con la seguridad de encontrar ó la corona de la gloria terrenal en el triunfo sobre los infieles ó la corona eterna en la derrota por la virtud santificante del martirio. Las naves genovesas recogieron sus ejércitos; y Carlos de Anjou, su hermano, vencedor en Sicilia á la sazón, aconsejóle que se dirigiera á Túnez, ciudad necesaria, indispensable al resguardo de las costas sicilianas. San Luis acariciaba tantas ilusiones en su alma, exenta de pecado, que creía todo uno el presentarse en Túnez y el convertir al cristianismo al Sultán con solo su presencia. No participaban de estas ilusiones ni angevinos ni genoveses; y en cuanto llegaron á tierra cayeron sobre las ruinas de Cartago declarándolas su depósito y su presa. Inmediatamente despues de este fácil hecho de armas, invitó el Sultán al rey que á la cabeza de cien mil hombres se dirigia en su busca para combatirle y aniquilarle. No lo necesitaba en verdad. Ya se había adelantado de éllo la implacable ferocidad de la naturaleza. El sol ardiente, el viento abrasador, la tierra yerma, el aliento de fuego que exhalaban los desiertos, los pestilentes miasmas de las lagunas, las encendidas arenas de arena calcinada, todos estos letales elementos que difundian la muerte en el laboratorio de la vida, diezmaron el ejército cristiano y dieron á sus terribles enemigos una fácil victoria. Muerto el papa pontificio, murieron los mas valerosos caballeros, deshojóse el ejército la flor de la juventud francesa. Entre todas estas esperanzas por la victoria quedaba segada por el hijo predilecto de San Luis, el nacido años antes en aquella misma tierra de Africa, su cuna y su sepulcro, el misero Yusef. Ya no pudo más aquel corazón tan grande, henchido, á pesar de su inmensidad, por la inmensidad del dolor. El gran representante de la raza latina cayó en el mismo sitio donde tantas veces lucharon los latinos. Aquella batalla engendró al grande Aníbal, terror de los romanos; aquella Cartago, ruina de Sicilia; aquella Carago, á cuya tierra se abrazara el rey; y en aquellas ruinas se vio á Yusef prostrado y en cuyos alrededores se veían con las entrañas por su presencia la muerte de la libertad romana, reducida en este instante á miserable y estrecha porción



MUERTE DE SAN LUIS

de miserables fragmentos, parecia destinada en los decretos de la Providencia tan solo á servir como de luctuoso teatro á la agonía y á la muerte de San Luis de Francia, representante de aquella Roma, que pagana ó católica, imperial ó pontificia, parece condenada á rivalidades renacientes por extrañas coincidencias en todos los tiempos y en todos los casos de la historia. San Luis muere como un penitente y no como un monarca. Extendidos los brazos en cruz, hincadas las rodillas en tierra, oyendo los salmos de David que murmura en torno suyo el clero; con el cilicio y el sayal ceñidos á las carnes; espira murmurando entre dientes: «Jerusalen, Jerusalen.» Así concluyeron las cruzadas. La Edad Media, la edad de la fe que para todo contaba con el milagro, la edad del espíritu que creia prescindir de la naturaleza, la edad de la religion exclusiva é intolerante tuvo que dar parte de su misticismo, parte de su alma, parte de sus creencias á la necesidad que reina en el Universo, á la ley de los climas, á la ley de las razas, á la ley de la variedad en la vida. El sepulcro de San Luis será siempre el comienzo de una nueva sociedad; y las frustradas peregrinaciones religiosas de los cruzados el comienzo de una nueva revolucion. Cierta piloto veneciano le proponia al Papa arruinar el Egipto buscando por otros caminos las relaciones con el Asia y el cambio de productos con la India. Tal plan no era un mero proyecto, era pura y simplemente el primer albor del alma moderna y el primer comienzo de nuestra fecunda era. 6-10102